ALACENA
BOLSILLO

www.edicionesera.com.mx

David Huerta

Incurable

Ediciones
Era

www.edicionesera.com.mx

Capítulo 1 ☐ SIMULACRO

El mundo es una mancha en el espejo.
Todo cabe en la bolsa del día, incluso cuando gotas de azogue
se vuelcan en la boca, hacen enmudecer, aplastan
con finas patas de insecto las palabras del alma humana.

El mundo es una mancha sobre el mar del espejo,
una espiga de cristal arrugado y silencioso,
una aguja basáltica atorada en los ojos de la niña desnuda.

En medio de la calle, con el ruido de la ciudad como otra ciudad
conectada en la pantalla de la respiración,
veo en mis manos los restos del espejo: tiro todo a la bolsa y
sigo mi camino,
todo cabe en la bolsa del día, incluso la palabra *incluso,*
un manchón negro en la línea que se va deshojando en la boca.

Si me acercara, con un sonido genital y absolutamente húmedo,
tocando las paredes del miedo con manos espaciosas y una
circulación de letras aplastadas contra la linfa color de olvido;
si me acercara, seco y coordinado en los pliegues, oyendo el paso
de los otros en el techo,
una legión sorda, un estertor de marabunta, un hueso
desmoronándose,
una lluvia caliza por el suelo, en el paladar;
si me acercara, si desmenuzara una figurilla con los dedos que
gotean vino;
si me procurara un placer, un desvío, un tocamiento de nubes o
un roce plateado,
un manoseo en el oro, un deslizarse en la entrepierna de los
muebles para dormir ahí un sueño de saliva y silencio;
si me acercara, dando en el tiempo un acorde caliginoso, un *tempo*
fúnebre de reunión a oscuras . . .

¿Cómo comprobar entonces que estás ahí,
construido en el plinto de tu ser sujeto, continuo y manifestado
como un dato hundido en el fango de la evidencia,
pensando en medio de las cosas, entero y positivo como un
número estupendo? ¿Cómo saberlo, cómo sacarte de la
multitud

www.ediciones era.com.mx

del tiempo, de los apretados espacios, ponerte frente a mis ojos como un discurso impreso,
como una tinta fluvial en las venas del mediodía?
¿Cómo sentir el jugo de tu vuelo, tu anatomía que fluye entre los objetos maltratados,
tu percepción que registra el mundo como lo que es, la mancha en el espejo, el simulacro?

Mundo foliado, espacioso, apretado: riqueza sumergida en la extensión del constante naufragio,
las palabras del alma selladas con un frío fuego, una flama desprendida de las cuerdas del sábado,
un fulgor bruñido y biselado contra el pecho de los recién nacidos.
Mundo de signo y de silencio, mundo manifestado,
con sus seres atados y sus congelamientos al borde, su derramamiento neutro,
su orilla abstracta, su cartílago ciego.
Mundo de ser, de no-olvido, establecimiento de ruina y llamarada.
Mundo de olvido, un revés negro, barnizado con los datos de la proximidad,
temblor del no-ser: cajas transparentes atraviesan las orillas del incendio como almendras cargadas de sentido,
un sentido de mundo en regreso, un retorno enmascarado, perros
en el callejón de la noche muerden las nalgas de los viajeros que se bajaron en la estación equivocada,
la cerrada sala donde te reciben para consagrarte a tu propio fantasma, entre tazas de té, peltre, porcelanas, galletas fúnebres,
la pared que exclama con un ardiente ojo de buzo que en sus piedras puedes ya sumergirte, para descubrir, en los pliegues,
un continente minucioso, atlántidas intramuros, vaticanos espesos de tesoros absurdos,
micenas lastradas por desconsuelos concretos, escrituras arcaicas y jeroglifos velocísimos que
te esperan bajo la piedra serena, gris, política, adverbial.

Larvas o simulacro de Egipto, el mundo es una abertura en el agua del espíritu, muesca
en el tiempo y en el espacio, hendedura sutil o desesperada.

Dominios del vientre de la cosa, la material, reino y pasto del mundo,
yesca dormida en el navío de las palabras,

www.edicionesera.com.mx

encendimiento, línea del canto, capitular de las palabras
iniciales,
objeto lloroso o consumido, sequedad, baba, veloz certeza
y muelle de todos los fantasmas.

Materia del yo, un descenso órfico en el deseo,
un tocamiento de lo que se derrama, sin centro ni asidero,
un pozo limitado por el norte de las palabras y el sur infernal o
egipcio
de lo reprimido, postergado, diferido, abandonado en los jardines
horrendos del pasado.
Un collar de quietud rodea los espaciosos milímetros del yo,
un silencio blasfemo, un ídolo entre las manchas.
Ah, las cosas y la materia del yo, como un humo paralítico:
charcos, tarjetas perforadas, jazmines, gavetas, ceniceros, gansos,
páginas, ferrocarriles
—las teclas, pulsadas con un dedo y otro, el yo encerrado en las
caras augustas de la civilidad,
transido y tambaleante. Luego la errancia, el desprendimiento:
un *hacia*, las varillas del abanico que se abre en los alveolos
para que respires un mar en cada sorbo, una playa en la lengua
que tocaba las bordadas comisuras de la muerte o el trabajo,
un rincón para estirar las piernas como un coloso, fumando el
azul despliegue de la vida, en la luz que roza las instantáneas
babilonias de la vacación.

Anadiomena, niña en harapos, epifanía en la sal de los torrentes,
pedazo de Nilo en la tela del mundo: modo del abrazo,
llama en la oscuridad, extravío y dolor estriado de placer.
Lo que en Anadiomena no es persona levanta sus constelaciones
rumbo a tus argumentos,
duración en libertad inscrita en el mäelstrom de sus ardientes
diferencias.

Cosido a la secreción por los bordes de mi traje-centauro,
avanzo en el chisporroteo de las diferencias, labrado en el
segundo y consumido siglos más tarde cuando el minuto acaba,
con mi máquina de sentir edificando partenones a mi paso,
escribiendo en el nomadismo el parche o la sutura de donde surjo,
exhausto en mi boca-mediterráneo y diseminado, tan derramado
en la cinta del mundo
que la maleza del yo transpira como una excrecencia en el
desierto que dejo atrás,
conjugándome con las estrellas en reposo, expuesto al tiempo y

www.edicionesera.com.mx

al espacio y a la materia,
como un grano de platino manifestado en las solemnidades del Ente,
como un desperfecto obsceno en una estructura longilínea.

Adivinar en los almacenes de las palabras dónde se esconde el rayo, el escondrijo del mundo en la bolsa del día,
la página mercurial que no ha sido escrita y cuya blancura está recubierta con la tinta de los deseos desalojada por los nombres,
vagabundeo en busca de esa adivinación en la escuálida y pegajosa luz de este almacén,
abandonado por las noches y espolvoreado por el hisopo lejano de un chispazo de fiebre: Este almacén de palabras
donde te sientes el oscurantista, el tuareg, el animal, el monstruo en la laguna de las denominaciones,
el gato negro sobre las piernas de la reina de las palabras,
el intruso sin credenciales, el prófugo, el anegado, el ladrón de instrumentos ortopédicos,
el que traga nueces con cáscaras, el que bebe el menstruo en una copa pompeyana,
el que se asusta con sus propios reflejos, el que pena en la madrugada de las vacaciones afantasmadas, el que se pone verde
cuando piensa en su madre con las piernas abiertas y no precisamente dándolo a luz,
el que tiene una lengua telescópica, el que se duele por ausencias inventadas y por melancolías falsas,
el que baila una danza de gusanos, el que construye murallas chinas en sus labios agujerados,
el que brilla como una brújula rodeada de nortes,
el que se lanza en la corriente para rescatar una dentadura postiza como si fuera una civilización a la deriva,
el que sabe callarse en medio del estruendo, el que se pone las manos en la entrepierna y aúlla como una hidra delirante,
el que se siente un islote y oye el rumor del mar en la profundidad de los rostros.

El almacén de las palabras es un lugar extraño, húmedo, una galería sigilosa, un hospital dormido.
Cardumen candoroso, con su latinidad a cuestas,
difícil, fosforescente como una omega "en el pizarrón de las etimologías".
Ojiva o multitud, ramo de piedras, rocas, en el oro del nombre,

www.edicionesera.com.mx

siemprevivas palabras, "oscura siembra" en la cúspide sorda y monumental del mármol sonoro.

El almacén es un espacio trémulo, una tecla genésica
que el mundo amplifica hasta la magnitud mortuoria del réquiem o la súplica.
El almacén de las palabras: el almacén de las palabras.

Saturado en la diseminación, por los bordes del *no,* exhibido en las cosechas del silencio,
busco el margen, el medianil, el uranio de un linde, límite para el dinosaurio que invade mis egiptos,
mis instrumentos blancos de tiempo, canosos, del movimiento que me implanta en los espacios interminables.

Un sistema de máquinas horrendas invade el almacén,
un corte aquí, nueve allá: hervor de nombres, el cancerbero de la historia hila con sus ladridos la camisa de los atormentados,
caen los siglos como pedruscos en lo negro de la medida,
en la ceguera de la totalidad: mundos lineales, tejidos al olor de una cercanía, de una multiplicidad,
de un espanto arborescente que se agita en el sonido seco de un chasquido que anuncia la eternidad.

Uvas, nombres a la deriva en las espaldas de la biblioteca,
autores y personajes pálidos contra el cielo del tiempo... y lo que sobrevive son las uvas, sus oscuros fulgores,
planetas mínimos en el cosmos que simula el jardín. La tarde serena está bordeada
por las uvas: la tarde, su perfil griego y su morado vinoso, sus mitos, sus racimos de sombra neutralizada,
sus cavernosas ingenuidades, su naturaleza enorme y desordenada.
La tarde, aquí, es un esplendor estadístico,
un sosiego de proliferación, un estallido múltiple. Cantidades magnetizadas la bordean
—y más adentro fluyen las uvas como espectros germinativos bajo los microscopios que nos habitan,
amplifican el mundo y nuestra soberbia de Conocedores.

Letra en las Pléyades, promontorio y profusión de lo que recubre la escritura,
un modo de construir la ciudad del Sí Mismo para luego deshabitarla

www.edicionesera.com.mx

con el silencio de dejar de escribir, habitado por la tenue
blancura que deja el sabor de la estrella escrita
en el paladar fantasioso. Una blancura, una muerte,
un hacerse el muerto con el sueño desprendido junto a la
Cabellera de Berenice,
el sueño manchado de cafeína y derramado tres y seis veces en el
cuerpo anguloso de un cuaderno, de una página.
El Sí Mismo hurga en la escritura, en la escena, el texto de sus
errancias: quiere fundar una ciudad.
Una ciudad o una eternidad, un disfraz con su máscara roja para
ser el flujo demoniaco
que lo instale en el *siempre* labial de sus proclamaciones, como
edgarpoe en el poema de mallarmé, igualmente,
tel qu'en lui-même enfin l'éternité le change, el grano milenario,
la llanura de sus centímetros *propios,*
los instrumentos del Sí Mismo para la cirugía de no-moverse,
como si la inmovilidad fuese la eternidad,
y no el fluyente cauce, la máquina que cede y recorta, la letra en
las Pléyades de toda escritura,
la Cabellera de Berenice que encanece furiosamente, iracunda en
sus mares astillados,
por la brisa tenaz de la escritura y de su progenie-minotauro: la
sedosa y ardiente carne de las imágenes.

Cambio, me modifico en los límites del mes,
en el zócalo del jueves, conociendo mi gerundial sangre en los
labios, mi puño ciego,
mi incorrección al vestir, mi genitalia archivada a las once de
la noche,
lejos de todo sexo y de todo calor, hirviendo de deseos por la
avenida San Juan de Letrán
—y mirando el barniz del otoño alrededor de las cosas como una
cinta de hojas secas,
mirando la fecunda imagen de la ciudad siempre recién
descubierta,
las articulaciones de un mundo nuevo, de un mecanismo
planetario o lunar
que arrastra en su corriente fresca las cantidades humanas, las
estructuras vivas,
las magnitudes que rodea esta luz empapada de ruidos,
chasquidos, rumores, demoliciones que el instante opera
en el interior de los objetos y de los corazones expuestos bajo
el peñasco del minutero. . .

www.edicionesera.com.mx

Modificado avanzo por los huecos babélicos, y modificándome
más aún hasta la raíz de los cabellos,
y proliferando, fluyendo solo y silencioso, esmaltado por una
blancura de muerte que me instala en el centro de su grandiosa
almendra generadora, de su matriz lunar,
entre los pudrideros, entre la basura inmaculada y meditativa,
sorda acumulación que no cesa... Respiro en las
diseminaciones ficticias y azarosas del yo monumental,
funerario,
como un pulso de partículas, de caras, de mediterráneos, de
manos acercadas a mí, de especies, de hileras palpitantes
que se sumergen bajo mi peso en el asfalto nocturno, me rodean
y me sumergen a su vez
hasta las líneas negras de una población donde renazco ofrecido
al trazo reinante de la fiebre,
países petrificados en un contrasentido de avance y fluvialidad,
confederaciones deseantes que enganchan el mundo momentáneo
a la ceniza de los siglos, pálidas reuniones rotas por la
desfigurada cirugía de la historia
y sintetizadas en los trémulos rasgos del *ahora o nunca.*

Me modifico en la sustancia extraña del mes, hago trámites, me
confundo y recuerdo, me visto y me confieso,
percibo los deslizamientos de la duración en la humedad marchita
de mi boca,
en el temblor amenazado de mis manos, en el funcionamiento de
mi estómago,
en las intermitencias de la debilidad física, laminillas de
niquelado cansancio en la llanura muscular,
en la resistencia cada día más débil que opongo a lo que
convengo en llamar las circunstancias.
(Es el invierno obstinado y obsesionante este lugar donde,
tembloroso y con los dedos manchados de tabaco, hago
cuentas
para sacar algunas conclusiones sobre mí: estoy en un invierno
que dobla, en el follaje del yo, un matinal espectro;
que dobla una metamorfosis árida; que dobla en fin la
aprisionada tela de la persona civil
y la deja, como un atado de ropa limpia, para la ingente y fértil
"próxima vez" del ciudadano que soy.)

Otras veces soy fuerte, un perro feroz en la resistencia del
esfuerzo, una bacteria corpulenta en el organismo social,
un cuerpo de ciervo joven que abraza la vida inmensamente,

www.edicionesera.com.mx

un cisne con genitales de hierro, un cerdo vigoroso con un aliento fétido y reconfortante,
un elefante de cálido plumaje, un león de alas tenues, un catoblepas que sueña que es un osezno
y al despertar no sabe si es un osezno que soñaba que era un catoblepas o viceversa/etcétera,
un hombre de 27,000 años que trae una ciudad colgada de la cintura, por el lado derecho,
y por el lado izquierdo una cantimplora con agua cósmica para saciar su sed de cíclope y lavar asimismo el monumento de sus escrituras momentáneas, de sus bibliotecas portátiles.
Así me modifico en la cacería de los meses, hondamente, hasta la última gota de sangre,
como si hubiera salido de una sedante trasfusión, de un ciclo negro,
con un rostro nuevo, jadeante y sudoroso y con un anillo de bronce en cada costado,
con mis armas en una panoplia viva, fragmentario y totalizador como un laboratorio errante,
con un everest que me sale por la boca en cada palabra dicha,
y un porcentaje peligroso y mortífero de uranio en cada cosa que oigo, en cada rumor que tersamente me llega;
abro en mí surcos evidentes, cuevas enjoyadas, exigencias de árida espeleología en la horadada montaña de mi espíritu,
todo un vacío adornado con arcos invisibles de Viñales,
donde la voz estalla como un fruto enloquecido, destruye los espacios contiguos
y establece en la separación que deja después del estallido un delirio de jazmines
para la boca perfumada del sonido nuevo, en una fiesta volcada sobre la mesa metafísica,
en una fiesta donde el sentido va y vuelve, recorrido por su gemelo solidario y opuesto, el contrasentido ceñudo,
como revolver molinos y cafeteras o como un disparo en la cristalería del recto significado,
porque ahí *sentido* es un buque desplegado con arboladuras hechizadas por el olor del sexo en los dedos,
un arca donde las vísceras conectan en parejas y se derraman y se complementan como legiones meticulosas
o como púlsares en un abrazo que se enciende en universos infinitesimales,
universos de límites enceguecidos, puñados y haces de luz sombría,
huecos que se abren en las comisuras de una realidad otra vez

www.ediciones era.com.mx

inocente,
huecos-paraísos, huecos recubiertos por una serie de mercancías reconstruidas para la nueva vida,
huecos-generadores donde la distancia se mide con dólmenes y los dólmenes se usan en cirugía
y la desmesura reina como una abeja y saca su miel de exceso y enormes bocanadas materialistas
de una colmena donde pastan dinosaurios discursivos, mastodontes provistos de una masticada epistemología
para el postre de la fiesta, prismas y pasteles de veinticinco pisos, todo inútil,
una industria descabellada consagrada al derroche, el desgaste, la descompostura.

Instilación del sucedáneo en el mismo recipiente, el vientre de la cosa es una sustitución o un pozo
donde se abisman los bordes inferiores, un géiser donde el trasiego del instante
se edifica, Niágara, sobre los labios del objeto hasta llegar al vientre, tenso como un tambor afinadísimo,
templado en el aire de una continuidad sostenida por soplos de mimbre afiligranado,
y en fin: instilación de lo otro en lo mismo, dialéctica regida por la síntesis de una epidemia mecánica,
el torrente de cosas no denominadas, no designadas,
pedazos de brillos inéditos, trozos del nuevo espejo manchado en el que se asienta la ciudad elegida
donde el instante se derrama como la Cabellera de Berenice,
borra al final de la historia los bordes inferiores y pone el ondulante trasiego
en una escena cósmica, en un teatro inclusivo, en un territorio de alteridad para que entren los navíos del tiempo
entre las piernas de un coloso marmóreo que no es más que un virus medido con ängstroms,
una copa llena de babilonias, un constructor keopsiano de pirámides que toma a los tiranosaurios por la cola como si fueran meros ratones anhelantes,
un gato asirio que devora moscas del tamaño del Mont Blanc,
un dios en cada una de cuyas gotas de sudor brillan millares de matterhorns,
un ídolo niño que escupe cien millones de litros cúbicos... hasta el ápice de la instilación, el momento postrero,
cuando el beso de realidad e irrealidad se consuma con una funeral pirotecnia, un destellar de neutrinos heroicos en

www.edicionesera.com.mx

varios años luz a la redonda
como sobre una lámina pulida con locura maniática para la fotografía donde quedan impresas las bodas, el himeneo, el epitalamio,
las nupcias delirantes, postremas, de la materia y lo otro,
todo lo cual es necesario para que, después de los postres, volvamos del paseo y se cumpla el Eterno Retorno.

Hordas de mí, durables, resistentes. Un esparadrapo es el yo, una venda, una pregunta: lanzamiento
en las orillas decoradas del torrente, creación doblada sobre sí misma, tocándose las rodillas
y duplicada en fantasma y deseo, sobre el diván del neurótico.
Ceniza del esquizo lanzada a la cúspide,
altos enigmas ordenados sobre el rigor de la escritura tensa,
trazo: leña oblicua para la hoguera del yo, la madrugada repleta del yo,
la mañana constante, las banderas blancas, las piscinas extrañas ornamentadas con vocablos de búsqueda y consagración.
Música de la conciencia sin conciencia, elaborada con un mero amasijo fosforescente,
con irisaciones inoportunas y sedantes,
sinestesia de baratijas en medio del discurso filosófico.

La materia es un marco, una referencia, una piedra en el pie,
un milímetro que se expande hasta el perfil del reino,
hasta la conquista del monte donde nos asentamos para vivaquear y conversar del sueño al alba, sin sueño y sin alba,
con los párpados tejidos al mercurio de la luz sobre el valle que recibirá las calles de la ciudad que fundaremos,
mañana mismo, hoy mismo, la metrópoli que traemos en las alforjas,
la Jerusalén o la Córdoba que resplandece de antemano, cargada con su futuro espeso e inhumano,
la Atenas fantasmagórica con sus jardines recortados sobre el agua de la duración mineral, agua inequívoca, dura agua
de los cimientos, frescura irradiante donde todo empezara para nosotros, trashumantes.

Hordas de mí en la fundación de la ciudad mientras escribo,
silencioso, y vivaqueo entre las letras y las palabras que suenan como legión desde mi paladar hasta las teclas de tu lectura.
Muchedumbre del yo, de la copia del yo, el colofón del yo,
tirado al fondo de los callejones y rehecho con espermas de

www.edicionesera.com.mx

razas instantáneas,
rezumantes tribus de linajes incomprensibles, razas tambaleantes al filo de una cópula infernal,
razas que florecen con todo el futuro de sus inviernos,
razas doblegadas bajo el peso de las tormentas eléctricas,
razas que inventarán el teléfono y el carrusel, inclinadas ahora sobre mi hombro, leyendo lo que escribo,
disfrazadas de moscas y mosquitos; razas que la soberbia infestará,
razas invadidas por el paludismo y el cáncer
y el resplandor venéreo de sus zonas aledañas, después de que funden la ciudad de ciudades
y de ella se desprendan otras legiones, maquilladas para la destrucción y listas para sacar el hacha de sílex o el fusil-ametralladora
y consagrarse al arrasamiento y el alcohol diabólico
y la droga derramada por todas las comisuras de la civil ciudad, cuando llegue la hora de aullar con dieciocho pulmones:
cada uno de los asesinados y los déspotas y los usureros y los banqueros
tropezarán hasta caer al Hudson con el estómago saturado de ardientes y pegajosas esquirlas, con la piel colgante
de todos los miembros, hasta que su materia se desvanezca en el sueño del río y otra vez,
desde las orillas inconcebibles del futuro, se oigan los cánticos de la fundación y el tintineo glorioso de las alforjas,
la probabilidad de todos los tesoros, todas las destrucciones, todas las cadencias del sexo y el trabajo
y todos los depositorios del saber y todos los altares con ídolos.

La materia está asentada en mí con todas sus raíces,
cuelgo de ella atado por los pulgares a su madero brillante:
el travesaño de donde cuelgo soy yo mismo, una molécula fluida y sagrada, santa, conmovedora;
un ancho callejón de donde salgo y a donde regreso
arrastrando en los pies todo el desperdicio de la ciudad, todas las acumulaciones que he deseado
y también todas las pestilencias, horrores, restos, que me abrigan como un consuelo
y una riqueza confusa de objetos inimaginables. Ardo en las entrañas de la materia cerrada y definitiva,
vertical u horizontal y arrojada en mí como un fardo contra un húmedo sótano.

www.edicionesera.com.mx

El espectro está detenido en la sal del movimiento, arcoiris de una contradicción
enganchado a la sucesividad, o despeñado en el mar inerte de las apariencias, imágenes que recorre el sol del mediodía
para cocinar su noche panorámica en el ojo de los desesperados.
El espectro sube hasta el cenizoso amor de la muchedumbre celeste,
hasta el eclipse de Algol, de Betelgosa, de Antares distribuidas en la página del cosmos como sus propios nombres, demoradas en la pronunciación de sus extravagantes luces,
arborescencias en medio del salón tardío, como un leño en el recipiente de las metáforas nuevas.

El espectro nos roza con sus manos envueltas en ausencia oscura,
con su fuerza de bronce, rectilínea en el humo de nuestros avances: su fuerza es
un musculoso sello de longitud lacrada en la página de nuestros rostros, una impresión borrosa
estampada con grafito imborrable, con un polvo de hierro; el espectro nos acaricia en un aire de recuperación y muerte,
nos recorre con una lentitud molecular, obsesionada, enrojecida por sus propias cambiantes velocidades.

El espectro surge en medio de la conversación, cuelga de una palabra,
rodeado por el sonido de las bocas y sin embargo vestido con su sonido otro, hecho de roces y fracturas microscópicas,
de exploraciones en el Gobi de una punta de aguja en el pajar de la mirada,
de pasos abiertos hasta su corazón por las dagas sacrificiales del siglo. Estos sonidos
invaden el resorte humano, lo quebrantan, lo dejan con el solo patrimonio de su estupor
en medio de una apretada pobreza, comiendo los panes hipnóticos y la sal de los torrentes,
el salario escaso de su vida singular, esa vida decorada por los paseos obsesionantes del espectro.

Siesta del simulacro en el borde, en la orilla, en el filo, en lo exterior de la tormenta. Dormir escaso
y abigarrado: playa de nombres en reposo, armadura de cosas incrustadas de totalidad y barnizadas por el perfume cálido de la materia inmediata.

www.edicionesera.com.mx

El espejo oscila con un espacioso callar,
su movimiento tiene raíces que cintilan, rizomas bordados con destellos vacíos,
y la oscilación es el tallo perdido entre los objetos de la tarde.
El espejo está manchado por una silueta proteica,
por un sedimento que simula ser la Naturaleza: puntos o manchas, el espejo es el filo del simulacro,
su arma encendida, su mecanismo pétreo. El azogue rebrilla con detenimiento,
entregado a su fruición, gula o abrazo omnímodo: su pliegue central es el corazón de las cosas que vemos,
la semilla deforme donde se cuecen las perfecciones,
el condimento de los perfiles labrados, el grano de mostaza que se esconde en el ojo de la gran escultura, colocada tristemente en el jardín del sueño futuro.
El espejo se hunde en la siesta del simulacro, entra como un trasatlántico en esa laguna ligerísima,
y ese naufragio nos conduce de nuevo al despertar de todo el mecanismo, su despertar simultáneo
que nos quema la piel y el alma en el telar de los ojos,
un despertar que es como la lanzadera cósmica donde se hilan los espectros a nuestros corazones
y se confunden bajo la sangre universal que determina la forma de los cuerpos
y su transitoria sustancia, en esta biología espeluznante, caldo azaroso donde nos reflejamos
francisbaconianamente, nos miramos las uñas y despertamos asimismo con el ahínco necesario,
con las manos empapadas por el vértigo de las fundaciones...

Distribuido a tientas, conozco la colocación que me determina,
el agrio sendero que sobre mí camina. Cresta de ola es el camino, la determinación.
Ignoro el poder último de las cosas pero no su uso: sospecho que en los rincones del gasto,
en los derroches que prepara la tarde, hay algo para mí,
un declive, un perfil derruido, un gozo impublicable, una arena que correrá sobre mi rostro como una profecía.
El surtidor de las cosas está en el color o distancia de las palabras,
un fulgor o un gemido, un sentir paralelo que moja los labios o el pulso del que habla o escribe:
honda Babel de superficies infinitesimales, ardiente de realidad y perforada por el desgaste que es su manera,

www.ediciones era.com.mx

su estilo de presentarse, su modo negro de suplantar la luz, el ahogo que subdivide imperceptiblemente la sístole de la diástole,
una respiración de otra. Palabra o disnea, el discurso se cierra cada vez,
oculta los repertorios del uso de las cosas, el reino que para nosotros estaría, tejido al silencio estruendoso
de las proximidades materiales. Magia común de respirar,
navío cerrado del habla, océano de un lenguaje que es el lenguaje.

El sábado es una pobre reliquia, un magma de procesiones milimétricas,
una riqueza evadida: camino por un pozo abierto,
mi cuerpo es una mancha en el espejo del sábado, mis manos tocan las llegadas, las despedidas, el golpeteo
de lo que se construye como *sábado,* una deriva de óvalos o una implantación quirúrgica en el cuerpo de la semana,
algo diverso y contradictorio que no acaba de surgir, una artesanía de agotamiento. Dicen que es la rutina,
el cansancio, la falta de imaginación, el trazo indeleble de la cotidianidad (tema de tesis).
Quién sabe dónde se esconde el verdadero sábado: el sábado árido, funesto, esdrújulo, está aquí:
es el aburrimiento, la falla geológica en la raíz de nuestras cordilleras o costumbres.

Rama destejida que celebra la multitud aérea del invierno,
su peso hendido sobre las almas claras de la ciudad. El invierno se deposita en las manos
como un don, un prisma, una velocidad marcada por el pulso del frío.
Visible orden puesto ahí, regresa desde su almendra planetaria
y cubre los olores de la ciudad con la pátina niquelada de sus atmósferas.
Esta música en el amasijo de la acumulación citadina, este pasar a tientas del rojo al azul,
un azul claro y equívoco: los rostros, las manos, el cambiante reposo del cuerpo sometido al invierno,
su mutación deslizada y precisa incrustada en el escenario que frecuentamos.
Aunque el invierno trae otro sistema, un telar ávido que desciende por las cerraduras rumbo al umbral,
toca los pies del que llega con un rumor de pausa y desaliento

www.edicionesera.com.mx

hasta la gratitud de la puerta,
invade los rincones con denominaciones imprevistas, da un atavío y un perfil oscuros
a los seres que se desprenden todos los días del cuerpo domesticado.
Esta llama enigmática vemos, nos toca, nos satura,
lacre del calcinado invierno que nos instala y devora con su apacible condición, con sus errancias minerales.
El invierno se mueve bajo el espíritu de los pies,
arde en el piso con una frescura desconcertante, cierra los pasos de quien busca su sombra.
En la soledad de la respiración, el invierno se anuncia con un recto desdén,
con una personal naturalidad, con una cirugía desengañada, que va "al fondo de las cuestiones". El invierno proyecta su ser evidente sobre las cosas, luego cruza
rumbo a las palabras humanas, destila en la conversación un ídolo fluido que entra en el mundo corpóreo
y se enraiza para envolver el simulacro del alma con una paciente melancolía. Esto es el principio, un breve chispazo,
una mesura en el proceso que habrá de terminar con una decapitación o con una rama inclinada. Se espera.
En esa espera se cocinan las grietas finales del invierno, sus anheladas primicias,
la fiesta que desaloja al invierno: el invierno, sus harapos de principio de mundo. El invierno concluye,
y el envoltorio del simulacro del alma se desvanece con un asma meticulosa, desaparecen las vendas, sale el sol.
Las almas claras de la ciudad reanudan el diálogo ficticio,
cosechan su árida tristeza, reenlazan las escrituras canceladas o postergadas,
reciben a la primavera en la boca como un alimento perfumado, como la hostia de su naturaleza de almas claras,
anegadas en el escenario de su resistente simulacro.

Hablo en ti, directamente, por mis intersticios.
La nervadura de las frases es el cimiento de las distancias, desde el aquí donde nos oscurecemos hablando: recta distribución,
fogonazo en el aire seco, hasta el balcón del oído,
en el proscenio de comunicar, circular de mercancías que se lastiman al solo contacto de la atmósfera
y llegan a su "destino" lastradas por un paso en el aire, un bulto eclipsado, riguroso: la primavera, las hablas, el lenguaje.
Agua desviada de la conversación, siempre en otro lado, una

www.edicionesera.com.mx

derivación o una deriva,
en una continuidad de naufragio; el agua roza el suelo sumergido de lo escuchado a tientas, en el horizontal ardor de lo ínfimo,
en el factor cero de "la posibilidad cualquiera", incrustada en los instrumentos labiales,
recubierta por un envés palabral y un revés aural, sinestesia.

Hablo en ti como un espejo nómada. Soy en ti la sola palabra que me designa como imagen,
una fuerza escondida en tu aliento, una virtualidad que te recorta en lo que en mí te prepara como imagen:
eres en mí lo que habla, engranaje de una serie, distribución del Sí Mismo en el movimiento paralelo que, divergiendo,
marca el paso en el aire que nos enlaza por dentro al eclipse de un bulto: la tercera persona, el repertorio, la sinestesia.

La tercera persona está desalojada pero se inscribe aquí como virtualidad,
factor cero y enlace, lastimadura que se engancha al objeto que compartimos,
gota ojival cuyas puntas arraigan en las entrañas de la oscuridad que nos establece uno frente al otro,
en la cocina de las diferencias, rincón del amasijo donde el aire difundido sazona la sinestesia en nosotros.

Cintilación del umbral que nos infunde el perfil de nosotros,
dualidad de la tribu en la hoguera ausente de la tercera persona
y su descendencia. Rasgos tenues que arden, intermediarios, engastados en una vocalización arbórea,
en una producción de significados mentales, previos o enunciados por la vigilia de la tercera persona: monstruo, incendio,
carnalidad encauzada en el *afuera* de los pactos donde ha sobrevivido la persona social.

Enciendo un cigarro mientras me observas, he llegado a las 5 y estoy peinado para la ceremonia de tus observaciones.

Devoración de las cosas por la luz del verano. El verano: un oro destilado y recto,
plegado entre tus ropas, garfio sobre tus mejillas de pan y tus dedos empapados de asombro.
Garfio mis frases contra los cortinajes. La ge y la jota: desprendimientos áridos del yo, brusco sonido
en el sentir del "análisis". Palabras, roces. Tu sed corpórea

www.edicionesera.com.mx

inclinada sobre una sangre de páginas.
Pero si observas mis imágenes, el cinematógrafo extenso donde establezco mi intermitencia,
observarás mejor aún. *Yo* es condición de concordancia, una mera colección de gestos y sonrisas que no son más que dientes,
como decía Kerouac. Hipertrofia del yo para tu observación.
¿Qué bisturí, qué rayo, qué microscopio me preparas? Deambulo, vagabundeo, sentado y con mi cigarro entre los labios,
echando humo por la boca torcida con una melancolía inconsolable
pero eso ¿de qué serviría? Habla. Es lo mismo. Hablo en ti.

El narcisismo en mangas de camisa me toma por los sobacos y me levanta frente a ti
como si fuera yo un ídolo labrado en la cortesía, un puro jade para la simulación de tus creencias.
Es tu acero, la fuerza de tu contorno lo que me desconcierta, el amordazado simulacro que tú o la tercera persona
me habían preparado. Ahora bebo una cerveza, recuerdo la obsesionante palabra *Benelux* en mis labios, como en otras ocasiones;
busco el arrasamiento de los signos en un cuadro de Francis Bacon y no encuentro, inconsolablemente,
más que una hilera de ficciones debajo de la tela: pintor inglés contemporáneo, Quevedo, Goya.
Estoy seguro que Francis Bacon ha pactado con lo mejor de mis intenciones al poner esto sobre este papel...
Tu risa me desmorona pero no tengo más remedio que ponerme a reír —yo también.
Porque no hay misterio ni Goya ni pintores ingleses. Un verano se difunde bajo todo lo que sucede ahora,
mas no nos toca decidir dónde se encuentra en realidad esa otra luz que creemos haber observado.
Esta luz que entra por la ventana, a mis espaldas, y atraviesa con un fluir pausado los cortinajes,
es ya una forma de olvido que sirve para decidir la verdadera naturaleza de tus observaciones.
Mis imágenes te observan con una fruición desmesurada. Es todo lo que te puedo decir, lo que digo en ti.

A través del ralo abismo entro en dónde. Es una manera, como cualquiera otra, de creer en las esencias: grave cosa, y por añadidura,

www.edicionesera.com.mx